

UN RAMITO DE VIOLETAS - Adriana Inés Plotti –

Duilio al llegar de cada viaje desde la cubierta de su barco observaba con desolación los abrazos en la explanada del puerto y deseaba fervientemente que también lo esperaran en su regreso. Él era consciente de no ser de “*príncipe azul*”; también reconocía que su condición de hombre culto, sano y de fortuna lo convertía en un “buen partido”. Pero como él solo había pasado la mitad de su vida en el mar, sus relaciones eran muy escasas y su vida social inexistente.

Un día entre su correspondencia encontró una participación a un importante baile de caridad pero apenas llegó a la recepción se sintió fuera de lugar. No encontraba en el salón con quien conversar, estaba tan nervioso que no pudo probar bocado. Con sensatez, decidió no tomar alcohol temiendo emborracharse y sigilosamente salió a la terraza con intención de fumar un puro. Allí la vio por primera vez. Alfonsina también había salido a tomar aire, era su primer baile y su padre habían insistido en una *presentación formal en sociedad*, estaba avergonzada y sus mejillas sonrosadas. Duilio extasiado imaginó al instante que con esa mujer podría abandonar su soltería esa misma noche.

Si bien el padre de Alfonsina se mostró entusiasmado con desposar a su única hija de inmediato Duilio necesitaba la aprobación de Alfonsina y se sentía atemorizado de ser rechazado por esa joven, tal vez por estar muy consciente de la importante diferencia de edad entre los dos. La ansiedad y el desaliento de Duilio crecían cuando la respuesta afirmativa se dilataba.

Pasaron varios meses, extremadamente lentos para él; a la vuelta de cada viaje le prodigaba pequeños regalos de diferentes lugares del mundo, comprados especialmente pensando en ella y después de una paciente espera llegó el día más deseado para Duilio, cuando la propia Alfonsina, con una sonrisa en sus labios, le dio la noticia de que aceptaba ser su esposa.

Como regalo de bodas Duilio le dio a Alfonsina una casa majestuosa, de dos plantas, con un amplio balcón en la habitación principal que permitía contemplar en las noches la espléndida vista de la ciudad. Detalles de lujo la adornaban. Desde su entrada, con un llamador de bronce hasta su comedor con brillantes arañas de cristal de roca. En la parte trasera había un jardín que Alfonsina cuidaría con esmero; en él abundaban las rosas rojas, blancas y amarillas y perfumadas gardenias. En el centro una pérgola y una fuente de mármol blanco de Carrara decorada con una bella estatua de dos niños cubiertos por un paraguas donde se deslizaba el agua como de un manantial.

Los preparativos para la boda fueron minuciosos. Duilio, quería que fuera un acontecimiento inolvidable. Le trajo a Alfonsina un corte de encaje chantilly, un casquete de

azahares para su tocado y un corte de tul satinado para confeccionar un largo velo. No olvidó revistas de moda para que la novia pudiera adaptarse al marcado estilo afrancesado, con talle imperio y falda recta, inspirada en la era clásica greco-romana.

Jamás olvidaría el día en que su joven y hermosa novia atravesó la inmensa Basílica del brazo de su padre y el temblor de sus labios al pronunciar el consentimiento matrimonial, el color de sus mejillas la primera vez que se entregó a su amor.

Cuando nació su hija Caterina la casa se llenó de luz. Esa niña, de pómulos rosados y sonrisa permanente pasó a ser lo más importante de sus vidas.

Caterina desde muy pequeña acostumbraba entrar a hurtadillas en la biblioteca de su padre y trepar a sus rodillas, rizar entre sonrisas su barba cana y adormecerse entre sus brazos, perdida en sus sueños infantiles. A veces se detenía a contemplar los objetos de la habitación parodiando conversaciones con los adustos rostros de los cuadros que adornaban el recinto o imaginando historias en los paisajes del tapiz flamenco que cubría completamente la pared.

Sus ojos siempre terminaban en el rincón donde una botella de cristal contenía un diminuto barco, una réplica del que capitaneaba Duilio. Pero a pesar de los lujos que la rodeaban, Caterina no lograba ser una niña feliz y solo quería ser llamada al cuarto de su madre y que los dedos delgados de Alfonsina le arreglaban sus rizos y acariciaban su rosada carita. Porque esas eran las únicas caricias que Caterina recordaba de su madre. Nunca había recibido un solo beso de sus labios e inocente, ignoraba que las señales de una fatal dolencia se habían manifestado en Alfonsina después de su nacimiento y temiendo que su hija pudiera contagiarse, ocultando sus sufrimientos, no la besaba ni le permitía estar mucho tiempo a su lado. La fatigada Alfonsina, que había sido tan hermosa, se estaba convirtiendo en un espectro realizando grandes esfuerzos para no apenar más a su familia y pesar de los afanes médicos murió dejando a Caterina con solo cinco años.

Cuando murió Caterina la casa se llenó de sombras.

La majestuosa residencia, que Duilio había decorado con esmero para su esposa, se convirtió en un presidio para su pequeña hija que tomó por costumbre vagar por los pasillos, observando las puertas cerradas de los cuartos, sintiendo en cada rincón la irreversible ausencia de su madre, mientras Duilio, inmerso en el desconsuelo, pasaba largas temporadas en el mar, cada día más lejos de ella.

Era frecuente en esa época que los sacerdotes y las monjas enseñaran en sus parroquias; con influencia de la doctrina cristiana, pero Duilio “enojado con Dios” prefirió que su hija estudiara en el hogar, sin saber qué temas le interesaban a la niña, se acostumbró a narrarle relatos de altamar, mezclando historias reales con fantasías. Caterina, aunque sin confesarlo,

prefería las leyendas de rudos marineros, ballenas gigantes, corsarios, piratas y sirenas. Estas impactantes aventuras acrecentaban cada día más su interés por la lectura.

Así Caterina fue creciendo en la inmensa soledad. Se esforzaba en mostrar al mundo una imagen serena, desahogando su frustración al deslizar sus pies, con poca técnica y menos gracia, sobre el piso lustrado al ritmo de la caja musical que Duilio le regalara a Alfonsina el día de su compromiso, imaginando ser esa pequeña figura de marfil encerrada en una cúpula de vidrio. ¡Había escuchado la historia de ese obsequio muchas veces! *“Dentro de la cajita, en un alhajero aterciopelado Alfonsina había encontrado el más hermoso anillo de brillantes”*. Sólo escuchar la melodía del antiguo vals le producía una sensación de bienestar, imaginaba que era acunada nuevamente por los brazos de su madre a la que tanto extrañaba.

Ella trataba de sobrevivir con sus recuerdos más hermosos, las caricias de su madre, los relatos de su padre, sus libros, su música, sus pájaros, sus flores...

Todas las tardes, como un ritual entraba en la biblioteca, sobre el sillón de cuero verde, que conservaba el olor del tabaco de su pipa y “devoraba” los libros de la formidable biblioteca, uno tras otro. Gozaba con esa lectura. Tomó por costumbre escribir notas marginales y pequeños dibujos en sus hojas. Elegía muchos poemas, teniendo predilección por las poesías breves y los temas fantásticos. Cada tomo de esos libros, alineados en los anaqueles de roble que cubrían todas las paredes del salón, era reconocido, dedicando días enteros a seleccionarlos por color, por tema, por año en forma alternada. Limpiaba sus lomos, reparaba sus roturas, acariciaba sus folios. *Fue entonces cuando descubrió quería ser maestra.*

¡Se sintió tan contenta cuando obtuvo su título! Inmediatamente se propuso instalar en la mansión un pequeño instituto de enseñanza para adultos con quienes compartía sus días, viajando imaginariamente por el mundo desde ese predilecto lugar, descubriendo y haciendo descubrir en lo cotidiano el placer del conocimiento a través de la lectura.

Así fue pasando el tiempo, Duilio murió en el mar y un día una “*gris Caterina*” despertó sabiendo que se cumplían diez años desde el día en que recibiera su diploma de maestra.

Pero en ese momento algo sucedió que sacaría a Caterina mujer del tedio de su actual existencia: *Todos los días, a la misma hora, con el mismo traje negro impecable y un sombrero bombín demasiado grande para su cabeza llegaba su mejor alumno.*

Adolfo había cursado sus estudios en un monasterio dominico, estricto y prejuicioso, que más que acercarlo a Dios lo había alejado. Manejaba idiomas como latín, y griego, pero sus conocimientos sobre literatura “*pagana*”, como la llamaban los curas, eran inexistentes. Agobiado por sus responsabilidades frecuentaba habitualmente bibliotecas en busca de

distracción y recogimiento y en una de ellas unos ex alumnos de Caterina que le comentaron que en “*casa del marino*”, su hija, daba clases de literatura para adultos.

De esa manera comienza la historia entre Alfonso y Caterina, escritorio de por medio y como únicos testigos los libros “*guardadores de secretos*”, alineados en los anaqueles de roble.

Alfonso descubrió casi de inmediato que amaba a Caterina y venciendo su turbación, empezó a escribirle tiernos poemas que solía dejar ocultos entre los libros y cuadernos de estudio, otras veces en la ventana de la biblioteca junto con un ramito de violetas. En todos, tímidamente, le declaraba su amor. Caterina, intransigente, se negaba a aceptarlo. Su rechazo tenía que ver con sus principios, considerando que: *¡Una relación con ese muchacho diez años menor que yo ¡Madre Mía!*

Pero Alfonso tenía todo el tiempo que da la juventud y el tesón que solo da el amor. Insistió... escribió almibarados versos... compró muchos *ramitos de violetas* y un buen día escuchó el ansiado “*si*” de boca de su amada.

Caterina se fue enamorando de Alfonso lentamente. Un sentimiento maduro, fundado no solo en versos y violetas sino en su profunda entrega; la embelesaba su optimismo, *su maravillosa manera de hablar de su amor a través sus versos favoritos*.

Un soleado día de Septiembre Caterina y Alfonso se casaron. Ella se parecía muy poco a la imagen que todos tenían de una novia inmaculada. No llevaba ni vestido blanco, ni velo, sólo un traje sastre de color marrón, adusto y sin más alhajas que el anillo de brillantes de su madre. Alta y delgada superaba ampliamente la estatura de su esposo que con su traje nuevo, un peinado a la gomina, el rostro lampiño, llevando como único adorno una fina corbata de seda color marfil, aparentaba ser poco más que un niño recibiendo su primera comunión.

Ambos estaban unidos en su infinita pasión por la lectura y les fascinaba recorrer la plaza, el puente, los museos, del brazo como si fueran novios, comentando las bellezas y a veces entonando arias de operetas o canciones populares.

Alfonso fue el hombre que le enseñó a Caterina como era dejarse llevar, desear, amar.

Él llegó a una vida que había sido signada por el dolor, el abandono involuntario y la soledad a demostrarle que era el momento de empezar a *vivir una verdadera felicidad*.

Caterina murió a una edad muy avanzada, en esa misma biblioteca donde transcurrió la mayor parte de su vida, sentada en el sillón de cuero verde, siempre rodeada de “*sus recuerdos más hermosos que fue sumando a través de su larga vida: las caricias de su madre, los relatos de su padre, el amor de su esposo, las proezas de sus hijos, la sonrisa de sus nietos, sus libros, su música, sus pájaros, sus flores...*”.